

## MITOS DE LA RED DE SEGURIDAD GLOBAL

Los informes de los medios de comunicación sobre el colapso económico se han concentrado principalmente en el impacto de la crisis sobre las naciones ricas, mostrando escasa preocupación por la población que vive en lo que solía denominarse Tercer Mundo. Según la opinión actual, parece que los reveses sufridos por estas «economías emergentes» pueden ser menos severos de lo esperado. Las elevadas tasas de crecimiento de China e India se han tambaleado, pero la recesión prevista no se ha materializado. Sin embargo, esta línea de pensamiento únicamente analiza los efectos de la crisis en los países considerados como un todo, ocultando su impacto diferencial sobre las clases sociales. Si consideramos la distribución de la renta, y no tan sólo los macrocálculos del PIB, el declive global se ha cobrado un precio desproporcionadamente mayor en los sectores vulnerables: las enormes masas de los trabajadores sin recursos que perciben retribuciones miserables y carecen de formación, que se agolpan en los abarrotados escalones inferiores de la economía mundial.

Estos cientos de millones de trabajadores se hallan, en el mejor de los casos, incorporados al proceso de producción a través del trabajo informal, que se caracteriza por un empleo precario y fluctuante, con frecuencia realizado a destajo –con independencia de que el trabajo se realice en casa, en centros de superexplotación o por cuenta propia al aire libre–, y que carece de todo derecho contractual o laboral o de cualquier tipo de organización colectiva. De modo desordenado, todavía mal comprendido, el trabajo de esta naturaleza se ha hecho predominante en el seno de la fuerza de trabajo considerada globalmente. La Organización Internacional del Trabajo estima que los trabajadores informales constituyen más de la mitad de la fuerza de trabajo de América Latina, más del 70 por 100 del África subsahariana y más del 80 por 100 de la India; un informe del gobierno de este último país sugiere una cifra que excede el 90 por 100<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> «Decent Work and the Informal Economy», International Labour Organization, Ginebra, 2002; *Report on the Conditions of Work and Promotion of Livelihoods in the Unorganised Sector*; National Commission for Enterprises in the Unorganised Sector, Gobierno de la India, Nueva Delhi, 2008.

Desarraigados de su entorno social original, la mayoría permanecen atrapados en las enormes aglomeraciones de chabolas que circundan las ciudades del Sur global.

Recientemente, sin embargo, la vida de los vendedores callejeros de El Cairo, de los vendedores de tortillas de Ciudad de México, de los *rick-shaws* tirados por personas en Calcuta o de los recogedores de basura en Yakarta ha sido descrita con tonos mucho más amables. El sector informal, de acuerdo con *The Wall Street Journal*, es «uno de los últimos refugios seguros en el amenazante paisaje financiero» y «una red de seguridad esencial a medida que se extiende la crisis económica»<sup>2</sup>. Gracias a estos empleos, ha afirmado el ex economista jefe del FMI Simon Johnson, «la situación en los países más pobres no es tan mala como ustedes podrían pensar». De acuerdo con esta opinión, un admirable espíritu de autoconfianza permite a la gente sobrevivir en los circuitos subterráneos de la economía al resguardo de los impuestos y de los sistemas de beneficios sociales del «sector formal». Estos operadores expertos en la vida en la calle pueden campar sin caras provisiones sociales ni prestaciones por desempleo. El economista del Banco Mundial W. F. Maloney asegura al *WSJ* que el sector informal «absorberá a un gran número de personas y les ofrecerá una fuente de renta» durante el próximo año.

El *WSJ* ofrece ejemplos localizados en Ahmedabad, la antigua ciudad industrial de Gujarat donde yo realicé mi trabajo de campo durante la década de los noventa. Aquí, en el mercado de Manek Chowk —«una serie de barracas en pésimo estado», donde «los vendedores ofrecen cualquier cosa, desde judías hasta calderos, mientras los monos te saltan por la cabeza», Surajben «Babubhai» Patni vende tomates, maíz y nueces en un precario cobertizo: «Ella llega a ganar hasta 250 rupias al día, unos cinco dólares, que son suficientes para alimentar su hogar, de nueve miembros, incluido su hijo que recientemente perdió su trabajo de pulidor de diamantes». ¿Realmente suficiente? Cinco dólares para nueve personas es menos de la mitad de la cantidad que el Banco Mundial señala como umbral de la pobreza extrema: un dólar per cápita al día. Los hogares que no poseen tierra en los pueblos del sur de Ahmedabad tienen que afrontar presupuestos incluso menores que éste, y eso los días que logran encontrar trabajo<sup>3</sup>.

A principios de este año volví a los antiguos distritos fabriles de la ciudad para ver cómo estaba afectando la crisis a la gente que vive allí. En 2000, estos antiguos barrios obreros ya habían degenerado en barrios pauperizados y, sin embargo, la situación se ha deteriorado claramente desde entonces. Analicemos la situación de las rebuscadoras de basura, todas ellas mujeres, ya que no se considera un trabajo de hombres. Ahora perciben

<sup>2</sup> Patrick Barta, «The Rise of the Underground», *The Wall Street Journal*, 14 de marzo de 2009.

<sup>3</sup> J. Breman, *The Poverty Regime in Village India*, Delhi, 2007.

la mitad de lo que solían por la recolección de papel, trapos y plástico recogidos de los basureros en sus rondas diarias. Para compensar la pérdida, comienzan a trabajar a las 3:00 horas en lugar de a las 5:00 horas, y se hacen acompañar de sus hijos para contar con más manos. La Asociación de Mujeres Autoempleadas, que organiza a las trabajadoras del sector informal de la ciudad, dice que «las rentas han bajado, los días de trabajo han disminuido, los precios han caído y los modos de ganarse la vida han desaparecido»<sup>4</sup>. Su último boletín presenta el siguiente cuadro, que da fe del hundimiento de los precios de los «bienes» recogidos en los basureros.

#### Precios pagados a las recolectoras de basura de Ahmedabad

<i>Producto</i>	<i>Precio por kilo en rupias</i>		<i>Cambio porcentual</i>
	<i>Abril de 2008</i>	<i>Enero de 2009</i>	
Chatarra de acero	6	3	-50
Láminas de acero	10	5	-50
Bolsas de plástico	8	5	-37,5
Periódicos	8	4	-50
Plástico duro	15	7	-53
Plástico blando	10	4	-60
Huesos secos	4	2	-50
Restos de pelo	1.000	300	-70

*Fuente:* Boletín de la AMAE 18, 15 de mayo de 2009.

Una activista de la AMAE radicada en Ahmedabad informa sobre la angustia que percibió cuando visitó a las miembros locales. Una de éstas, Ranjaben Ashokbhai Parmat, comenzó a llorar: «¿Quién envió esta recesión?! ¿Por qué nos la enviaron?!».

Me quedé sin habla. Su situación es pésima, su marido está enfermo, tiene cinco hijos, vive en una casa alquilada, tiene que gastar dinero en el tratamiento de su marido y es la única perceptora de la familia, ¿cómo puede arreglárselas? Cuando va a recoger basura, se lleva a su hija pequeña, mientras su marido se queda en casa y hace cucharillas de madera para los helados, con lo que gana algo más de 10 rupias al día.

<sup>4</sup> Boletín de la Asociación de Mujeres Autoempleadas, *We the Self-Employed* 18, 15 de mayo de 2009. La AMAE comenzó a organizar a las trabajadoras del sector informal de Ahmedabad en la década de los setenta, expandiendo posteriormente su actividad por toda la India e incluso más allá de sus fronteras.

En la ciudad industrial de Surat, a algo más de 190 kilómetros de Ahmedabad, la mitad de la fuerza de trabajo informal de los talleres de diamantes fue despedida de un día para otro a finales de 2008, tras el colapso de la demanda mundial de diamantes para joyería. Aproximadamente 200.000 cortadores y pulidores se encontraron sin trabajo, mientras que el resto tuvo que enfrentarse a drásticas reducciones en sus jornadas y en los precios del destajo. Una oleada de suicidios asoló a los trabajadores despedidos, quienes –con un salario mensual de poco más de 140 \$– se reputaban entre los más especializados y mejor pagados de la economía informal. Estas amargas experiencias de la economía informal de Gujarat golpeada por la depresión pueden repetirse en una región tras otra en la India, África y gran parte de América Latina. Tras constatar tal miseria es imposible aceptar el optimismo del Banco Mundial y de *The Wall Street Journal* sobre la capacidad de absorción del sector. En cuanto a su elogio de la «autoconfianza» de aquellos que luchan por salir adelante en estas condiciones de vida, decir únicamente que vivir en un estado de constante emergencia lamina la energía necesaria para enfrentarse a los problemas y erosiona la fuerza para resistir. Sugerir que estos trabajadores constituyen una «vibrante» nueva clase de empresarios autoempleados, ansiosos por luchar para ascender en la escala socioeconómica, constituye una descripción tan errónea como describir a los chavales de los *chawls* de Bombay como *slumdog millionaires*.

### *El extremo de la sogá rural*

La segunda opción barajada actualmente por los medios de comunicación occidentales como «colchón para los malos tiempos» es la vuelta al campo. Como informaba recientemente el *International Herald Tribune* recogiendo declaraciones de un funcionario del Banco Asiático de Desarrollo en Tailandia, «volver al pueblo de origen es una especie de “red de seguridad social”». La premisa complaciente es que el gran número de migrantes rurales que sobran en las ciudades pueden retirarse a sus granjas familiares para ser absorbidos por el trabajo agrícola hasta que sean llamados de nuevo a sus empleos urbanos por el próximo rebrote económico. El *IHT* evoca un entorno rural paradisiaco en el noreste de Tailandia. Incluso en la estación seca,

existe una enorme variedad de cultivos anuales –calabazas, judías, cocos y bananas entre otros– que prosperan con poca agua de lluvia. Los agricultores crían pollos y vacas y excavan estanques para peces detrás de sus casas [...]. El rey de Tailandia, Bhumibol Adulyadej, ha estimulado desde hace mucho tiempo esta autosuficiencia<sup>5</sup>.

---

<sup>5</sup> Thomas Fuller, «In Southeast Asia, Unemployed Abandon Cities for Their Villages», *IHT*, 28 de febrero de 2009.

Opiniones similares se publicaron cuando se produjo la crisis financiera en 1997. Entonces, los consultores del Banco Mundial presumieron que la agricultura podía actuar como una reserva de captación de los trabajadores sobrantes de otros sectores, basándose en la noción de que la masa de migrantes que se movía entre el campo y los polos de crecimiento urbano nunca había abandonado su ocupación primigenia. El mito seguía afirmando que las sociedades asiáticas seguían siendo esencialmente agrícolas. Estos cultivadores de la tierra podían ir a la ciudad a ganar algún salario extra para sus gastos, pero si perdían sus empleos se esperaba que se reintegrasen a la economía campesina sin ninguna dificultad. La realidad no era ésta ni por asomo, como escribí entonces<sup>6</sup>.

Al volver este verano a las localidades de mi trabajo de campo en Java, escuché las últimas historias de los hombres y mujeres que habían vuelto al pueblo tras perder sus empleos en el sector informal en otras partes, y tampoco aquí habían encontrado trabajo. No podía ser de otro modo: estos trabajadores y trabajadoras habían sido expulsados de la economía rural ante todo por la falta de tierra y otras formas de capital. No existía granja familiar alguna a la que volver. La partida de quienes carecían de tierra o disponían de poca era una huida que formaba parte de una estrategia de supervivencia. Ahora que los miembros de este proletariado rural habían alcanzado un número excesivo en Yakarta o en Bangkok, o, para el caso, como trabajadores contratados en Taiwán y Corea, vuelven al punto de partida debido a una marcada y persistente ausencia de demanda de su fuerza de trabajo en sus lugares de origen. Un drama comparable se está produciendo en China. De los 120-150 millones de migrantes que se desplazaron de las zonas interiores rurales a las ciudades costeras que estaban experimentando fuertes tasas de crecimiento durante los últimos veinticinco años, las fuentes oficiales informan que entre 10 y 15 millones se hallan ahora desempleados. Para estas víctimas de la nueva economía no existe otra alternativa que volver a «casa», esto es, a unas zonas rurales profundamente empobrecidas.

La economía rural asiática no es capaz de dar acomodo a todos los que no poseen medios de producción; el sector urbano informal tampoco tiene la elasticidad suficiente para absorber a todos aquellos dispuestos a sumergirse en él. De acuerdo con las nociones de movilidad intersectorial manejadas por los responsables políticos, la economía informal debería absorber los excedentes expulsados de los empleos mejor pagados, permitiendo que la fuerza de trabajo desplazada salga adelante mediante acuerdos de reparto de renta hasta que vuelva a cambiar la situación económica. Jamás he encontrado evidencia alguna de que tal impulso horizontal haya sido realidad. Las vendedoras o vendedores ambulantes no se

---

<sup>6</sup> Véase J. Breman y Gunawan Wiradi, *Good Times and Bad Times in Rural Java. Case Study of Socio-economic Dynamics in Two Villages towards the End of the Twentieth Century*, Leiden, 2002.

convierten en conductores de *becak* (los carritos movidos por una bicicleta), en empleadas domésticas o en trabajadores de la construcción de un día para otro. El mercado de trabajo del sector informal se halla altamente fragmentado; aquellos/as que son despedidos en sus ramos de actividad no tienen otra alternativa sino volver a «casa», porque permanecer en la ciudad sin ingresos es casi imposible; pero volver a su lugar de origen no es una opción inmediata, dada la ausencia de espacio en la economía rural. Sin embargo, mis informantes no culpan simplemente al colapso económico de su dura situación. Desde la perspectiva de las infraclases del mundo, lo que aparece como una crisis coyuntural es realmente una crisis estructural, esto es, la ausencia de un empleo regular y decente. El masivo ejército de reserva localizado en el estrato más bajo de la economía informal se halla atrapado en un estado permanente de crisis que no se disipará cuando el Dow Jones se mueva de nuevo al alza.

### *Nuevo orden económico*

La transformación que tuvo lugar en la Europa occidental del siglo XIX, cuando los campesinos sin tierra –o con poca– migraron a las ciudades, se está repitiendo ahora a escala verdaderamente global. Pero en esta ocasión no se ha materializado la reestructuración que crearía un orden urbano-industrial del tipo que mejoró masivamente la suerte de los ex campesinos del hemisferio norte. Los ex campesinos del Sur no han logrado encontrar ni trabajos seguros ni viviendas cuando han llegado a las ciudades. La lucha por hacerse un hueco en ellas les ha obligado a empantanarse por generaciones en la situación de privación de las ciudades miserias, que constituyen enormes reservas de trabajo informal.

En las décadas de los años sesenta y setenta, los responsables políticos occidentales contemplaron el sector informal como una sala de espera o una zona de tránsito temporal: los recién llegados podían utilizarlo para aclimatarse y aprender las pautas del mercado de trabajo urbano. Una vez familiarizados con las mismas, estarían cada vez en mejores condiciones de cualificarse para obtener mejores salarios y condiciones de trabajo más respetables. Sin embargo, la tendencia fue la contraria, debido en gran parte al asalto de las políticas pro mercado, la retirada del Estado en el ámbito del empleo y el contundente debilitamiento del movimiento obrero organizado. La pequeña fracción que logró incorporarse al sector formal fue entonces acusada de constituir una aristocracia obrera y de reivindicar egoístamente privilegios de protección y seguridad. Al mismo tiempo, el sector informal comenzó a ser vendido por el Banco Mundial y otras agencias transnacionales como el motor de un crecimiento dinámico. La flexibilización se puso a la orden del día, esto es, se dismanteló la seguridad en el trabajo y se acabó con la negociación colectiva. El proceso de informalización que ha tenido lugar durante los últimos veinte años ha sido testigo, entre otras cosas, del fin de la industria textil a gran escala en el sur de Asia. En la propia Ahmedabad, más de 150.000 trabajadores fueron des-

pedidos de un plumazo de estas fábricas, lo que no significó el fin de la producción textil de la ciudad. Las telas se producen ahora en talleres con telares eléctricos por trabajadores que trabajan doce horas al día en vez de ocho y que ganan menos de la mitad de lo que recibían en la fábrica; el sector de la confección ha retornado a los hogares en los que toda la familia se ve involucrada día y noche. El sindicato de los trabajadores textiles casi ha desaparecido. El descenso en la jerarquía del trabajo ha llevado a estos hogares a sufrir una crisis social y económica permanente.

No se trata únicamente de que el coste del trabajo en el estrato más humilde de la economía mundial haya descendido al nivel más bajo posible, sino que la fragmentación también mantiene a las masas subempleadas en un estado de compartimentación interna. Estas masas compiten entre sí en un mercado de trabajo en el que la oferta es ahora estructuralmente mayor que la demanda, en constante fluctuación. Estos grupos reaccionan ante este desequilibrio intentando fortalecer sus vínculos en virtud de líneas familiares, regionales, de tribu, casta o afiliación religiosa, y recurriendo a otras identidades primordiales que impiden la negociación colectiva a partir del estatus laboral o la ocupación. Su vulnerabilidad se ve exacerbada por su desarraigo forzoso: son expulsados de la tierra, pero luego devueltos de nuevo a la misma, vagando entretanto en una búsqueda interminable de trabajo y cobijo.

La emergencia del primer Estado del bienestar en el hemisferio occidental a finales del siglo XIX se ha atribuido al temor de la burguesía a que la política de exclusión de los estratos más bajos de la sociedad pudiera terminar con el colapso del orden establecido<sup>7</sup>. Hoy las clases propietarias de la humanidad no parecen mostrarse aterrorizadas por la presencia de una *classe dangereuse* mucho mayor. Su apropiación de una parte cada vez mayor de la riqueza es el reverso de la tendencia hacia la informalización, que ha provocado el creciente desequilibrio entre capital y trabajo. No se perciben signos de cambios de dirección en este curso económico. Las promesas de reducción de la pobreza hechas por los líderes globales son sólo de boquilla u oportunistas para hacerse la foto. Durante su campaña, Obama se refirió esporádicamente a su aprecio por el *New Deal* de Roosevelt, pero desde su elección la idea de un amplio plan de bienestar social se ha reducido sin más a la mitad. La crisis global se está afrontando mediante una masiva transferencia de riqueza de los pobres a los ricos. La lógica sugiere una vuelta a las creencias –en la teoría y en la práctica– del siglo XIX en la desigualdad natural. Partiendo de esta premisa, no es la pobreza lo que debe erradicarse. El problema son los propios pobres, que carecen de la capacidad para salir por sí mismos de su miseria. Cargados con todo tipo de defectos, constituyen un residuo inútil y una carga innecesaria. ¿Cómo deshacerse de este lastre?

---

<sup>7</sup> Abram de Swaan, *In Care of the State. Health Care, Education and Welfare in Europe and the USA in the Modern Era*, Cambridge, 1988.